

*El modelo institucional, económico, político y social
fundado en 1978 está en crisis.*

*Sólo una derecha liberal es capaz de introducir
los cambios necesarios para modernizar la democracia española*

LORENZO BERNALDO DE QUIRÓS



POR UNA DERECHA LIBERAL

Un razonamiento acerca de por qué la derecha
española debe alejarse del conservadurismo
y acercarse al liberalismo si desea ser protagonista
de las próximas décadas

DEUSTO

Por una derecha liberal

Un razonamiento acerca de por qué la derecha española
debe alejarse del conservadurismo
y acercarse al liberalismo si desea ser protagonista
de las próximas décadas

**LORENZO BERNALDO
DE QUIRÓS**



EDICIONES DEUSTO

© 2015 Lorenzo Bernaldo de Quirós

© Centro Libros PAFP, S. L. U., 2015

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de cubierta: © Leungchopan - Shutterstock

El autor agradece su colaboración en la parte estadística a José Luis Gómez Agustín

ISBN: 978-84-1952-4

Depósito legal: B. 26.608-2014

Primera edición: enero de 2015

Preimpresión: Medium

Impreso por T. G. Soler

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Prefacio	9
Por una derecha liberal	11
I. Vista a «las derechas»	19
II. Las tres tentaciones de la derecha	30
La tentación conservadora	30
La tentación tecnocrática	37
La tentación centrista	40
III. Los fundamentos teóricos de una derecha liberal	46
¿Qué liberalismo?	48
¿Por qué un Gobierno limitado?	51
Las consecuencias políticas del liberalismo	59
IV. Una cierta idea de las Españas	67
Más allá de los nacionalismos... el español... y los otros... .	71
V. ¿Qué pasó con la Restauración?	
Una lección a recordar	78
El declive del liberalismo económico en España	81
El declive del liberalismo político: un breve apunte	85
La deslegitimación intelectual de la Restauración	86
La descomposición del régimen	92
Las lecciones de la Restauración para la España	
del siglo XXI	95
Y qué fue del liberalismo.....	96

VI. ¿Qué ha funcionado mal?	
Las instituciones, estúpido...	99
Del debilitamiento de la democracia a...	115
La corrupción	121
El sistema electoral no es neutral	127
VII. Derecha e izquierda: el debate sobre la igualdad	131
¿Una nueva interpretación de la desigualdad?	136
Desiguales e infelices, una apostilla postrera y necesaria	139
Nuestro ogro filantrópico.	142
VIII. La derecha liberal ante el Estado del Bienestar	147
La reforma de las pensiones: matar a Ponzi	149
Por una educación libre y competitiva	158
El mercado es bueno para la salud	172
IX. La fiscalidad de una derecha liberal	178
Los impuestos y el crecimiento económico	183
X. La derecha liberal contra el neopaternalismo	193
El caso de la publicidad.	201
El espinoso tema del aborto	204
XI. La derecha liberal y el nacionalismo	208
Dos conceptos de nación: un poco de historia.	209
Los fundamentos del nacionalismo	212
Las causas de la enfermedad nacionalista	214
La falacia nacionalista	216
XII. Una federación para las Españas	219
Las ventajas del federalismo competitivo	223
Protege la libertad y promueve la eficiencia	224
Impulsa la convergencia de los niveles de renta.	225
Restringe la expansión del sector público	226
Las tres sólidas-falsas razones	
contra el federalismo competitivo.	227
Federalismo, redistribución e igualdad.	229
La provisión de servicios públicos.	231
Los problemas del federalismo competitivo	232
Las funciones del Gobierno central	235
<i>Per Catalunya i l'Espanya Gran</i>	238
En defensa de los conciertos económicos	246
El emponzoñado asunto del derecho de secesión	249
A modo de epílogo	253

I

Vista a «las derechas»

La dialéctica izquierda y derecha es a menudo contestada por la teoría y la ciencia política con un argumento: este dualismo supone una simplificación extraordinaria de la realidad. Por añadidura, conduce a subdivisiones interminables dentro de los partidos ubicados en esos espacios políticos porque, a su vez, sería posible introducir dentro de ellos esa misma diferenciación. En la izquierda hay alas más derechistas que otras y en la derecha facciones más izquierdistas. A pesar de las objeciones a esa dualidad, existe un poderoso argumento a su pervivencia: es la forma más detectable y constante en que perciben la política no sólo por el común de la gente, sino también las élites.³

El término «derecha política» tiene múltiples connotaciones y remiten a él corrientes ideológicas que, en muchos casos, resultan antagónicas. Desde esta perspectiva es difícil establecer un criterio uniforme o dar un tratamiento homogéneo a las fuerzas conformadoras de un espectro cuya inspiración doctrinal y su aplicación a los problemas políticos, económicos y sociales del mundo contemporáneo presentan no sólo diferencias de grado y de forma, sino, a veces, de fondo y de naturaleza. En los paí-

3. Sartori, G., *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza Editorial, 1980, pp. 107-109.

ses anglosajones, con sus avances y retrocesos, el ideario básico de la vieja y de la nueva derecha ha sido el liberal. América carece de una tradición premoderna y, por tanto, no existe nada parecido al conservatismo en el sentido europeo. Sus principios fundacionales son la democracia constitucional y la economía de mercado, el capitalismo democrático; en cambio, la Europa continental, incluida España, se ha sustentado sobre una historia y unas doctrinas de corte estatista, comunitarista o corporativista, tendencia que se ha intensificado desde la Gran Guerra hasta el tiempo presente.

Durante los años de la guerra fría esas diferencias quedaron en buena medida desdibujadas ante la existencia de una poderosa amenaza interna y externa, la Unión Soviética, que suponía una impugnación total de la democracia y del capitalismo occidental. En este escenario, las disputas «familiares» carecían de sentido. Estaba en juego la supervivencia de las sociedades abiertas ante el desafío del totalitarismo comunista. Tras el desplome de la Unión Soviética, las divergencias doctrinales entre las derechas democráticas se han puesto de manifiesto. Además, han renacido con una considerable capacidad de movilización opciones que desde el final de la segunda guerra mundial eran marginales, por no decir inexistentes, como una extrema derecha autoritaria, nacionalista, xenófoba y hostil al capitalismo. El intento de realizar un catálogo de cuáles son los principales rasgos o señas de identidad de la derecha ha de asumir una poderosa restricción previa; a saber, muchos o, al menos, algunos de los aparentes y comunes denominadores que definen esa corriente resultan incompatibles entre sí, lo que refleja la presencia de concepciones opuestas sobre aspectos básicos o sustanciales de la filosofía política y, por tanto, sobre su aplicación a la administración de la res pública.

Pese a ello, la derecha ha gobernado durante largos períodos de tiempo en casi todos los Estados occidentales y ha contribuido a construir un modelo de sociedad que, con salvadas excepciones, ha tenido un marcado carácter colectivista o, si no se quiere exagerar, estatista. Existen en la historia períodos o ciclos en los que una ideología se convierte en hegemónica, impregnando la

sociedad y nucleando en torno a sus principios a todas las fuerzas políticas, sean de izquierda, de centro o de derecha. Esa primacía ideológica hace cristalizar un consenso en torno a sus supuestos que marca el signo de la evolución política, social y económica de un país durante un espacio temporal muy dilatado. Esas dinámicas son fáciles de detener e invertir cuando se inician, pero puestas en marcha son imparables porque entran a formar parte de los esquemas vitales y mentales de los ciudadanos, determinan sus preferencias y constituyen el motor de sus demandas.

Desde esa óptica, el siglo xx ha sido la «era del colectivismo», que ha tenido sus versiones duras —el nazismo, el fascismo y el comunismo— y las blandas de izquierda y de derecha. Desde el término de la Gran Guerra, los Estados del Occidente europeo, con diferente intensidad, se embarcaron en un acelerado proceso de crecimiento, impulsado tanto por las diversas tribus conservadoras como socialistas. En Occidente, sobre todo en Europa, la izquierda y las derechas extendieron las funciones del sector público reduciendo de manera progresiva la esfera de autonomía de los individuos y de la sociedad civil. El socialstatismo era la ola del futuro, y en la atmósfera de la segunda posguerra se pensó que era una concesión necesaria para restar potenciales adeptos al comunismo en los países fuera del Telón de Acero. Por eso, la derecha en lugar de combatir al socialismo, se resignó a moderarlo. Tampoco esta actitud ha de sorprender a nadie porque no es ajena, aunque resulte extraño, a la idea conservadora de la tradición. Si el consenso social se desplaza hacia las ideas colectivistas, es perfectamente natural adaptarse a él. De esta manera, la alternancia política en la Europa posterior a 1945 ha sido entre la «socialdemocracia de derechas» y la «socialdemocracia de izquierdas» y, en buena medida, así siguen las cosas.

Pero la alianza fáctica social-conservadora no ha obedecido sólo a razones oportunistas o a una resignación ante lo inevitable. Recibió el soporte de una concepción orgánica de la sociedad y del Estado contemplados como entidades con vida propia, fruto de la historia en el caso de la derecha y de una evolución social que se impone a las voluntades individuales por el lado de la izquierda. En este contexto, la reconstrucción de las comuni-

dades, de la armonía social y de los valores cívicos supuestamente destruidos por el individualismo liberal y por el capitalismo se convirtió, a través de la herencia del conservadurismo, del corporativismo, del catolicismo social, del populismo, en proyectos que, de facto, estaban muy cerca del socialismo. Éste aspiraba a construir una sociedad nueva e igualitaria sobre las ruinas de la sociedad liberal. Los conservadores de todas las especies han querido resucitar, a través del uso del poder del Estado, su Arcadia perdida en el seno de una sociedad moderna lo que implicaba, entre otras cosas, controlar las «fuerzas del capitalismo salvaje» con el único medio a su disposición: la intervención estatal. Así pues, la deriva estatista registrada por los países europeos hubiese sido imposible sin el predominio o, mejor, sin la influencia del pensamiento antiindividualista y anticapitalista en los grandes partidos de la derecha continental. Esta afirmación queda ilustrada en la frase pronunciada por Jacques Chirac, presidente conservador de la República Francesa, el 10 de octubre de 1999: «Tony Blair es un socialista moderno. Esto significa que está cinco mil kilómetros a mi derecha».

Esa tendencia se vio reforzada por la convicción de que Occidente caminaba inexorable y gradualmente en una dirección colectivista. Era el signo de los tiempos, y resistirlo era inútil. Esta mentalidad no era ni es inconciliable con el acceso al Gobierno de partidos de derecha, ya se ha señalado, pero su papel se ciñó a administrar un Estado colectivizado y, como mucho, a corregir sus excesos. Si los conservadores tenían la tentación de revisar ese estado de cosas, los cantos de sirena de pensadores liberales como Hayek serían repudiados por el electorado. Por esta razón, la izquierda estaba convencida de que el *statu quo* colectivista era irreversible. En la práctica, la derecha europea, con singularidades de escasa intensidad y duración, aceptó acomodarse a ese entorno con resignación en unos casos —el conservadurismo británico prethacheriano—, y con un notable entusiasmo en otros —la derecha francesa— pero no se planteó transformarlo.

Aunque resulte paradójico, sorprendente, provocador y escandaloso para muchos, el régimen del general Franco constituye un microcosmos fascinante para ilustrar la tendencia estatista

de la derecha en las décadas siguientes a la segunda guerra mundial. La Coalición Nacional que configura el franquismo desde el inicio de la guerra civil hasta la muerte del dictador no fue de facto un sistema de partido único. El Movimiento Nacional era un tigre de papel. Ni tuvo la pretensión de encuadrar a la población en él ni en una ideología concreta. Era un sistema autoritario que permitió un pluralismo —moderado, eso sí— dentro de las familias del régimen en el que Franco era el árbitro indiscutido y carismático. Como escribió el profesor Manuel Jesús González, el general «era un maximizador bajo constricciones. Maximizaba tiempo y poder... Giros notables de las directrices económicas no permitían inferir que el jefe del Estado hubiese cambiado de ideología en este terreno —de hecho no tenía ninguna—; simplemente introducía los cambios mínimos y necesarios, reconstruyendo un nuevo equilibrio de fuerzas...»⁴ para conservar el mando.

Obviamente, el franquismo no era un modelo competitivo en el sentido democrático, pero pugnaron entre sí por obtener el favor del soberano —el invicto Caudillo—, convivieron en su seno y participaron en el diseño y la ejecución de sus políticas casi todas las ideologías inspiradoras de la derecha política del siglo xx: la democracia cristiana, los monárquicos conservadores y tradicionalistas, la tecnocracia y la versión española del fascismo italiano, la Falange. En otras palabras, el régimen agrupó durante cuarenta años a casi todos los movimientos del flanco derechista continental con una doctrina similar: el estatismo en sus versiones suaves y duras.

Como ocurrió en otros países del Viejo Continente, por ejemplo en la Francia de 1958 con el Plan Rueff-Pinay, o en la Alemania de Adenauer y Erhard, el régimen nacido el 18 de julio recurrió coyunturalmente y, por desesperación, a «políticas liberalizadoras». En eso consistió el Plan de Estabilización de 1957 a 1959, implantado para evitar la bancarrota provocada por la autarquía, por una pésima, por no decir inexistente, gestión ma-

4. González, M.J., *La economía política del franquismo (1940-1970)*, Taurus, 1970, pp. 21-22.

croeconómica y por el programa socializante del falangismo. Cuando aquella dramática coyuntura fue superada, se volvió al dirigismo con los Planes de Desarrollo y la modernización del estatismo y del intervencionismo. La profundización en la senda de la libertad económica era inviable porque constituía una bomba de relojería en la línea de flotación de la Dictadura.

En esa dinámica colectivista han existido fases en las cuales el liberalismo actuó como un freno a ese proceso. La concepción germano-occidental de la «economía social de mercado» floreció en los años cincuenta del siglo xx, y la asunción de sus principios fue la causa del milagro alemán. En Francia, el programa de estabilización, liberalización y apertura económica apoyado por De Gaulle fue elaborado y ejecutado por liberales como Jacques Rueff, Antoine Pinay o Louis Armand. El resultado fueron quince años de un crecimiento explosivo de la economía. Ahora bien, nunca se aceptó que la «sociedad opulenta» creada por el liberalismo económico en la primera década de la posguerra mundial hubiese de preservarse. Cuando esa situación parecía garantizada, la derecha y, desde luego, la izquierda retornaron a las intervenciones colectivistas con el pretexto de mejorar el funcionamiento de la economía y promover la justicia social.

En las postrimerías de los años setenta del siglo xx, tras el fracaso del keynesianismo macro y del intervencionismo micro para sacar a los Estados desarrollados de la estanflación, los Estados Unidos de Reagan y el Reino Unido de Thatcher rehabilitaron el liberalismo como programa político, y su liderazgo hizo del antiolectivismo una causa. No es de extrañar que estos dos países encabezaran lo que se denominó la «revolución liberal de los ochenta», porque, en ambos, el individualismo y el capitalismo tenían unas raíces sin parangón en otros Estados occidentales. Si bien es verdad que su ejemplo y su éxito tuvieron una influencia mundial, y consiguieron frenar el aumento del tamaño del Estado, no lograron reducirlo de manera permanente porque no fueron capaces de introducir reformas sustanciales en los programas del Estado del Bienestar. En el resto de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) las medidas liberales se entendieron en el sen-

tido clásico; esto es, como un procedimiento quirúrgico y temporal para mantener sin alteraciones sustanciales el *statu quo*.

Cuando se avanza hacia la segunda década del siglo XXI, los sistemas democráticos maduros asisten a la emergencia de una creciente contestación. En ella confluyen movimientos de protesta y algunos antisistema. ¿Qué ha sucedido? La respuesta inmediata es que la Gran Recesión es la génesis de este problema. Es evidente que una crisis económico-financiera de las dimensiones y del alcance de la que se inició en el verano de 2007, cuyas secuelas no se han superado todavía, ha tenido un efecto directo sobre el malestar existente en las sociedades desarrolladas. Al igual sucedió con la Depresión de los años treinta del siglo XX que alimentó el totalitarismo en el Viejo Continente y puso en riesgo de supervivencia a las democracias liberales. Sin embargo, la causa del actual desencanto tiene raíces metaeconómicas.

El concepto de ciudadano —esto es, el ser miembro de un Estado con derechos y deberes iguales para todos— se ha disuelto en una estructura de castas cuyo objetivo es extraer rentas y privilegios del poder. Se ha recreado un modelo social, cuya representatividad de los intereses de la mayoría es en gran parte nominal. La aparente paradoja del Estado moderno es que es a la vez demasiado grande y demasiado débil. Su debilidad estriba en que hace demasiadas cosas y quiere seguir haciéndolas. El pueblo soberano no es el sujeto pasivo, la víctima inocente de unas «élites extractivas», como dirían Acemoglu y Robinson. Tiene una enorme responsabilidad en esa deriva. En última instancia, los ciudadanos deciden quién gobierna. La «clase política» no está compuesta por extraterrestres. Es un reflejo de los vicios y de las virtudes de la sociedad, y lejos de desatender las exigencias de ésta, las ha alimentado. En la práctica, los Gobiernos democráticos europeos han mostrado una enorme sensibilidad ante las demandas de todos los grupos sociales y han sido incapaces de resistirlas porque se ha liberado al Leviatán de sus cadenas. Las democracias han roto los frenos a la discrecionalidad gubernamental establecidos por el constitucionalismo clásico.

La actividad de los Gobiernos nacionales se resume en una permanente negociación con los grupos de presión que los sus-

tentan o pueden desestabilizar a quienes han ofrecido y ofrecen transferencias de renta y prebendas para comprar su apoyo o su neutralidad. En este sentido, las democracias europeas han retrocedido hacia la premodernidad. Como en los Estados preliberales y precapitalistas, el moderno Leviatán ha monopolizado los valores cívicos y la distribución de los recursos en detrimento de la responsabilidad individual, de la sociedad civil y del mercado. En este contexto, el descontento existente es la expresión de la paulatina corrupción del principio representativo por un exceso de populismo en lugar de por un exceso de oligarquía como suelen sostener los críticos del sistema.

Con diferencias de matiz y de intensidad, las derechas y las izquierdas europeas adolecen de corporativismo. Poderosas minorías de buscadores y extractores de rentas tratan y a menudo consiguen imponer su agenda en detrimento de los intereses de la mayoría. La sustitución de reglas del juego claras y objetivas por normativas y políticas que benefician a los colectivos con más recursos y/o capacidad de chantaje para condicionar en su favor la actuación de las autoridades ha erosionado las bases de una sociedad y de una economía libres y prósperas. En ellas, los ciudadanos pagaban un precio —el respeto de la ley, de los derechos de los demás, la responsabilidad por los resultados de sus actos, la financiación de los bienes públicos— y el Estado se obligaba a respetar sus derechos, a garantizar el cumplimiento de los contratos, a impartir justicia, a defenderlos frente a la agresión externa y a no erigir barreras protectoras del *statu quo* ante la entrada potencial o real de nuevos competidores.

Ese marco institucional se ha deteriorado de manera progresiva a favor de un modelo en el cual la conexión entre derechos y deberes ha desaparecido por *ucase* gubernamental. Además, el grueso de los derechos demandados es «material», tienen un coste y alguien ha de pagarlo; es decir, su satisfacción está condicionada por los recursos disponibles y éstos son escasos. Por tanto, el cumplimiento de esas expectativas conduce bien a un endeudamiento crónico del Estado y, en el extremo, a su bancarrota; bien a transformar una sociedad de «beneficiarios» de la asistencia pública en una sociedad frustrada y de protesta cuando es imposible

satisfacer las promesas de las que se siente acreedora. En el Viejo Continente, como escribió Bastiat, «El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo se esfuerza por vivir a costa de todo el mundo».

La deriva corporativista de la democracia continental ha pervertido el significado del pluralismo. Es obscuro considerar sociedad civil a la miríada de organizaciones cuya vida depende de los presupuestos estatales. El pluralismo se caracteriza por su voluntariedad, por su espontaneidad y por su dinamismo, lo que ayuda a configurar una sociedad abierta. El corporativismo es un aluvión de sociedades cerradas y yuxtapuestas que compiten entre sí o se alían para obtener dádivas del poder con dos efectos: excluyen de la ciudadanía a amplios estratos de la población y vacían de contenido real la representación democrática.

La fuerza del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, radica en su capacidad y voluntad de representar al conjunto de los ciudadanos como algo diferente y superior a los grupos de los que éstos forman parte. En Europa, este principio sólo opera de manera marginal, asfixiado por un sector público tentacular en forma de un gasto público, de unos impuestos y de unas regulaciones desmesuradas. En este contexto, la libertad de los individuos de utilizar los medios de los que disponen para alcanzar los objetivos que desean y aceptar las consecuencias de sus actos está severamente restringida. Las democracias europeas han dejado de tratar a sus ciudadanos como seres adultos. Han fabricado un gigantesco y carísimo jardín de infancia.

En el medio y en el largo plazo, este *statu quo* es inviable. El mundo que emerge en los comienzos del siglo XXI es demasiado complejo para que las recetas de la derecha y de la izquierda, tal como las conocemos, sean una respuesta atractiva y eficaz para lidiar con los retos del presente y del futuro. La globalización, las tecnologías de la información, la necesidad de innovar, la evolución demográfica hacen insostenible el modelo socioeconómico prevalente en el Occidente europeo, definido por un excesivo e hipertrofiado Leviatán estatal inviable financieramente, a pesar de la abrumadora carga fiscal soportada por los ciudadanos; mantenedor de un aparato regulatorio que asfixia la creatividad

y la iniciativa individual y de un Estado del Bienestar que no va a ser capaz de satisfacer en un horizonte temporal no muy lejano las expectativas materiales generadas en sus abnegados y explotados súbditos. Se ha creado un sistema condenado a crear frustración social y a lastrar el crecimiento económico.

Al mismo tiempo, el pluralismo y la segmentación registrada por las sociedades europeas ha quebrado las bases sociológicas; esto es, la clientela a la que se dirige el discurso de la izquierda y de la derecha contemporáneas. A pesar del igualitarismo de la primera y del corporativismo de la segunda, su actitud defensiva del *statu quo* vigente está condenada al fracaso. Siempre ha existido una pluralidad de valores que los hombres pueden y deben buscar y, por definición, estos valores difieren entre sí. El asunto central es que, en las modernas sociedades abiertas, su nacimiento y su desarrollo resulta más fácil que en otras etapas históricas. Aceptar esto no implica ser un relativista. La diversidad de valores es un hecho objetivo, no una arbitraria construcción de los hombres.

El papel y el significado de las tradiciones, de la religión, de la comunidad, de la familia... no son estáticos, y parece obvio que no son los del pasado; no se trasladan a la esfera pública. En gran medida se han privatizado. Han pasado a ser interpretados y vividos desde una perspectiva individual. No han desaparecido como sostienen con un pesimismo injustificado los «conservadores azules» y los «conservadores rojos». Se han individualizado. Se ha secularizado la sociedad, pero no las personas que la componen, y ésta es una fuente de paz civil. Ello no implica una desintegración del respeto y de la aceptación de unas normas que hacen posible el funcionamiento de la sociedad libre, pero éstas no pueden ser finalistas porque los fines de la vida son múltiples. Por tanto, en las modernas y complejas sociedades de este siglo, la autoridad ha de constreñirse a establecer el marco institucional que los individuos han de respetar para perseguir y, en su caso, alcanzar sus propias metas en colaboración o en competencia con los demás. Éste es el origen de la vitalidad y la creatividad de las sociedades abiertas. El error de partida de la izquierda y de la derecha era pensar que las instituciones y asociaciones voluntarias, el espíritu cívico, la simpatía hacia los otros descrita por Adam Smith, pueden existir

y florecer sin funciones que cumplir. La asunción por los poderes públicos de muchas tareas antes desempeñadas por ellas las ha vaciado de responsabilidades y, por tanto, ha debilitado los incentivos de las personas a la cooperación.

El causante básico del deterioro de las comunidades, de las asociaciones voluntarias ha sido —es— el «monismo» o, como diría John Stuart Mill, el «intuicionismo». ¿Qué significa esa palabra?: la filosofía política construida sobre la creencia de que hay ciertas verdades apriorísticas, no sujetas a prueba empírica o racional alguna, que han de ser descubiertas y aceptadas por los individuos y, si esto no sucede, los poderes públicos están legitimados para imponerlas. Desde la derecha y desde la izquierda se ha pretendido forzar, a través de la coerción estatal, la imposición del peculiar concepto de la buena sociedad profesado por cada una de ellas, lo que sólo ha contribuido a debilitar los lazos de cooperación social y el sentido de la ciudadanía. En la práctica, las políticas desplegadas por ambas han pretendido recrear, esta vez sí, una sociedad estamental con rasgos previos a la modernidad, en la que el principio de igualdad ante la ley ha dado paso a legislaciones que conceden un tratamiento distinto a las personas —discriminaciones positivas se dice—, en función de su pertenencia a grupos determinados. En este entorno, la separación entre los socialistas y los conservadores se reduce a determinar la identidad de a quién/es se otorgan los privilegios.

Este panorama no es una novedad. En *La democracia en América*, Tocqueville ya denunció con inquietud los iniciales y tímidos movimientos del gobierno norteamericano de ocupar el lugar de las grandes asociaciones: «Cuanto más se emplea en realizar las actividades desempeñadas por las instituciones de la sociedad civil, cada vez más personas renuncian a la idea de asociarse... La moralidad y la inteligencia de un pueblo democrático se enfrentan a no menores riesgos que los de los negocios y los de la industria si el Estado se convierte en su competidor. Los sentimientos y las ideas se renuevan, el corazón se ensancha, y la mente humana se desarrolla sólo por la recíproca acción de unos hombres sobre otros».⁵

5. Tocqueville, A., *La democracia en América*, II, Alianza Editorial, 1980.